

ELOGIO DEL FRACASO

Ángel Vallecillo

ASOMBRO ANTE LO OBVIO

¿Cómo se escribe antes de escribir? ¿Cómo se plasma la fabulación? El proceso literario culmina en una escena que das por acabada, en un libro que entregas a la imprenta. Pero antes de sentarte a escribir, de elegir palabras, tono y estilo, de añadir y borrar, de dar por acabado un texto, hubo un momento en el que todo fue una idea líquida, un ente sin formas. Esta reflexión titulada arteramente *Elogio del fracaso* trata de esbozar cómo las ideas se transforman en literatura.

PENSAR, ESCRIBIR, BORRAR

El método más común de escritura sigue la secuencia *pensar escribir borrar*. Pensar antes de escribir, escribirlo y por último corregir hasta dar el texto por acabado. Parece un método obvio, pero no lo es: hay grandes escritores que se sientan a escribir sin el paso previo de pensar y otros que jamás han corregido una línea porque viven entregados a la improvisación.

Pensar es la fase divertida. Pero aunque parezca pura divagación, ya estás escribiendo. Pensar es esperar, elegir. Durante la fase imaginativa las ideas fluyen por la conciencia y las posibilidades del libro son infinitas. Ésta es su virtud: es literatura en estado líquido: orgánica, escapista, indómita. La imaginación se entretiene enredando tramas, personajes, atajando a su antojo. Durante la fase imaginativa nada es definitivo, nada es sólido. Nada ha quedado aún inmovilizado en la palabra escrita. Su virtud es el movimiento, su evolución.

Comparado con imaginar, sentarse a escribir es tedioso y árido.

LA FABULACIÓN COMO TRABAJO A LA ESPERA

Imaginar es un proceso instintivo. Natural. La mente trabaja en modo autónomo, sin esfuerzo, en paralelo al presente, como si ni la realidad, ni el pasado ni la memoria estuvieran influyendo en el contenido de lo que llega a la mente. Las ideas parecen caer arbitrariamente, inconexas, visiones líquidas, a veces sonidos, frases que se repiten en la mente hasta lo absurdo. Un advenimiento sin orden lógico.

Un delicioso caos.

Con relación a la escritura hay dos formas de imaginar. La *imaginación voluntaria* deviene cuando te obligas a hacerlo porque necesitas solucionar un problema concreto del libro, un conflicto, resolver algo que técnicamente no funciona. Esta imaginación voluntaria es racional, teñida de lógica, especulativa. Escoges por conveniencia. Para completar. Para *acertar*. La inteligencia y sus reglas de eficacia.

La segunda es la *imaginación involuntaria*. Es una forma de imaginar espontánea, intuitiva, caótica. Casi ajena. No sabes de dónde procede pero como tal la aceptas. Esta imaginación te entrega una fabulación de la que no tenías conocimiento. Es materia nueva. Tierra ignota.

Ambas son literatura previa al escribir físico. La literatura imaginada y la escrita son planetas de naturaleza distinta. Uno líquido y otro sólido. Lo imaginado nunca *quedará* escrito. Esta diferencia de estado es la razón por la que he titulado esta reflexión *Elogio del fracaso*.

LITURGIA DE LA FICCIÓN

En general imaginar ficción se asemeja al modo en que diariamente visualizamos situaciones que esperamos sucedan pero a las que aún no nos hemos enfrentado. ¿Cómo reaccionará X cuando reciba mi mail? O a la forma en que rescatamos los recuerdos de la memoria: ¿Cómo era aquella habitación de mi primera infancia? Estas recreaciones incluyen diálogos, personajes, escenarios, tonos. Imaginas. Ves. Pero en estos casos son la realidad, el presente y el pasado, los que condicionan la visualización. La conciencia se sirve de la lógica, de la memoria, de la experiencia. Pero en la imaginación creativa, en la *involuntaria*, ¿de dónde proceden las ideas?

La *imaginación involuntaria* surge a veces con una fuerza insólita: la mente se acelera y suministra un torrente de fabulación como si se activaran regiones aisladas del cerebro, canales que estaban cegados. Aunque intentes acallarlo, la mente insiste, repite de forma *mántrica* imágenes, sonidos, diálogos. Semejante a un estribillo que se te mete en la cabeza. Es así como nacen muchos libros. Imágenes recurrentes. Frases que se repiten de forma idéntica: *Walter Dogan era un malamadre, un buscabroncas, uno de esos tipos a quienes les pisan un callo y*

sacan una pistola. A veces *escucho* frases de ese tipo más de diez o quince veces por minuto. Mantras. Se repiten una y otra vez como si recibieras una señal. Como si el cerebro te ofreciera un hilo del que tirar.

ANOMALÍAS DE LA IMAGINACIÓN

Esta forma torrencial de imaginar sucede raramente. Sobreviene, especialmente, durante madrugadas de insomnio (o lo uno lleva a lo otro). Es un estruendoso roer de la mente, un pico de euforia: una vorágine de imágenes, de sonidos; tramas que se ramifican, diálogos, personajes, puedes vislumbrar la novela como un todo que se expande. Es algo sumamente divertido si uno sabe disfrutar de ello mientras sucede, si sabe aprehenderlo, si empleas la suficiente atención para poder *verlo* y dominarlo, para ralentizarlo, porque también puede convertirse en una tortura por aturdimiento. Estos raros estados febriles de fabulación fortuita llegan de improviso. La mente abre compuertas y las ideas brotan a borbotones, y uno debe ir descartando rápidamente para lograr domeñarlas, para no perderse en una maraña inabarcable de posibilidades. Estos momentos de fiebre creativa son completamente distintos de la imaginación voluntaria en los que, digamos, fabulas con la inteligencia, con la lógica, con su rémora de eficacia.

La imaginación voluntaria e involuntaria difieren en su intensidad. La involuntaria es más vívida, más orgánica. Las imágenes se despliegan de forma ágil, natural, son más fáciles de hilar, de seguir. Ves el desarrollo en conjunto. Las alucinaciones auditivas son realmente audibles. Es como estar inmerso en una nube arbórea, ideas consecutivas en las que todas parecen plausibles, ejecutables, perfectas. El libro total. A veces dura horas, y cuando crees que ha sido suficiente e intentas pararlo, la mente sigue funcionando a pleno rendimiento, libre, autónomamente.

Arrebatos semejantes (sólo semejantes) también pueden suceder mientras escribes. Instantes febriles que te arrastran a teclear a toda velocidad, casi sin pensar, como si leyeras la mente. Pero si comparas este estado febril mientras escribes con los estados febriles mientras imaginas no hay comparación posible. La fase imaginativa es infinitamente más vívida, más incontrolable. Su condición líquida lo hace más *real*. Ojalá pudieran trasladarse esas sensaciones al folio. Ojalá pudieras traerte de esa experiencia los ecos, la velocidad, la profundidad, la fluidez de esas imágenes.

A eso me refiero al hablar de sensación de fracaso...

...Brutti lo enunció con su sana inocencia, pero la conversación se torció sin remedio. Salazar se lo tomó como un desprecio y le reprochó ser un farsante que jamás había escrito una línea, sentenciando que quien no escribía no era escritor. Brutti defendió haber escrito aquella novela mentalmente, eligiendo cuidadosamente cada palabra,

armando cada párrafo en su imaginación. A eso dedicaba la vida. No solo eso, añadió, sino que recuerdo todas mis novelas, palabra por palabra, y si el insigne Salazar quiere servirme de médium, tendré mucho gusto en dictárselas para que queden escritas, pues al parecer son los papeles lo único que le importa.

Yo era el único que conocía bien a Carlos Brutti y sabía que no hablaba por hablar. Escribía mentalmente sus novelas, de veinte a treinta mil palabras, a lo largo del día, con la constancia y el olfato de un perdiguero, pues ya entonces, al menos para mí, era el escritor más completo de nuestra generación. Mis colegas se alinearon con Salazar (todos le tenían miedo), quien se negaba a reconocer que una novela pudiera estar escrita en la imaginación pero no en el folio.

Ángel Vallecillo, *Colapsos* (Restos). Editorial Difácil, 2005.

Movimiento

Hay hechos cotidianos que ayudan a la fabulación. Por ejemplo el propio movimiento físico. Caminar en soledad o ejecutar tareas mecánicas, como conducir o cocinar. Es como si el cerebro, ocupada su corteza en quehaceres automáticos, liberara canales, descongestionara áreas facultadas para la pura invención. Aún estoy hablando de la fase de literatura imaginativa, cuando aún no te has sentado a escribir. Mientras caminas, mientras podas un seto, absorto y en completa ausencia de contacto con la realidad, te topas con la idea. Es un encuentro fortuito de la mente. Nietzsche explica muy bien en *El caminante y su sombra* cómo la distracción y el paso ligero distraían la mente para visitar el yo profundo. El movimiento físico ayudando a la agilidad neuronal. A veces simplemente basta con levantarte de la silla y dar paseos cortos por la habitación y las ideas fluyen más rápidas.

Relajación

La relajación profunda, por ejemplo durante el estado previo al sueño, también ayuda a activar áreas imaginativas de la mente. Es un momento propicio para fabular, para ver en la oscuridad, para las alucinaciones sonoras: frases, diálogos, aforismos. La concentración te permite rebobinar, podar las frases hasta dejarlas perfectas, hilar diálogos completos. La relajación propicia la concentración y ésta la profundidad de pensamiento. Cuerpo y mente relacionados. Los apneistas relajan el cuerpo y la mente para ralentizar el metabolismo y alcanzar así cotas submarinas más profundas. Así procede también quien quiere adentrarse en los lugares más profundos de la imaginación:

... el cerebro es un embudo en el que las ideas profundas se hallan ocultas en lo más hondo. Durante nuestros quehaceres cotidianos, nos limitamos a tomar respuestas de la parte ancha de ese embudo. La vida nos es más fácil moviéndonos en esa pasta simple, superficial e instantánea en la que no hay que sopesar seriamente nada; la vida en piloto automático. Ahora bien, cuando sentimos la necesidad de profundizar en una pregunta que nos corroe la razón, iniciamos un trabajoso descenso por el embudo, y

en seguida nos damos cuenta de que, a medida que bajamos, giran menos variantes que en la superficie, pero al mismo tiempo también son más trabajosas de amasar, de asir, como si fueran líquidas y no pudiéramos retenerlas sino un instante en la conciencia para de repente ¡zas! desaparecer. A ese lugar no baja a menudo la gente. Sin embargo, aún existen estadios inferiores en los que seguir buceando, y a medida que uno baja, que desciende y se introduce en la parte más estrecha del embudo a buscar las evidencias, uno toma cuenta de lo frágiles que son los pensamientos, y que sólo ahí abajo se pueden encontrar las respuestas primeras, la esencia del pensamiento, y uno, en un momento de alucinación, de éxtasis, cree entender que ha llegado a la verdad, pero cuando quiere explicar qué mundo hay ahí abajo se da cuenta de que no puede asir nada, que no puede regresar con nada concreto, ¡absolutamente nada! Porque no se pueden transmitir con claridad a otra persona, quizá ni tan siquiera a uno mismo, sólo sabe lo que trasciende, lo que intuye ver, quizá porque sea el pensamiento en sí mismo, su misma naturaleza. Los grandes genios descienden hasta esos lugares profundos con mayor facilidad que los demás, y se divierten paseando en el vacío, tomando una ideas de aquí, sorprendiéndose al llegar a puntos comunes desde inicios diferentes. Y al llegar al fondo mismo del embudo, cuando uno cree que allí va a encontrar la verdad, la Gran Idea, el gran fin por el que lleva horas o años de pensamiento, se topa con un inabarcable abismo, un insondable silencio, la negrura, la inconsciencia y el vacío, y se da cuenta de que al final lo único que existe es la Nada. La respuesta a cualquier cuestión es eso. Nada. Siempre la Nada.

Ángel Vallecillo. *La Sombra de una Sombra*, Editorial Difácil, 2001.

La hora de escribir: la gravedad de lo sólido.

El hecho físico de escribir me resulta tedioso. Además (en general), solidificar en palabras la literatura líquida me genera frustración. En la imaginación todo era más vívido, más espontáneo, más armónico que una vez escrito. Lo sólido paraliza, congela la fluidez, castra. Es un problema de percepción. Luego el tiempo pasa y lo olvidas...

Hay escritores que no dan mayor importancia a cómo les llegaron las ideas. Lo dan por hecho y punto. Tampoco les importa la diferencia sustantiva entre lo que imaginaron y lo escrito. Y no les falta razón. Para algunos escribir es meramente eso: escribir. La escritura como hecho físico de estar escribiendo, de ir eligiendo palabras y espacios en blanco, sin detenerte a analizar cómo y por qué tales ideas te llegaron a la mente. Probablemente mi frustración de que lo llevado al folio sea menos vivo que lo imaginado no es más que una muestra de incapacidad o de vagancia.

Cuando la escena que has imaginado en el etéreo mundo de la fabulación queda solidificada en, por ejemplo, un párrafo que describe un lugar o una escena, mi sensación es que se ha empobrecido. A veces el proceso de la escritura mejora lo que habías imaginado. Pero en general no es así. Parece lógico que tratándose de escribir sea más importante el momento de escribir que el de imaginar. Pero lo relevante no es esto, sino la sensación de fracaso que me invade cuando paso del mundo de la imaginación al de la escritura física. No me importa en absoluto que

el texto no sea fiel a lo imaginado, lo relevante es el abatimiento intelectual por la sensación de fracaso.

Mi desconfianza hacia el mundo sólido se debe a su rigidez, a su pesadez, a su visibilidad. Al escribir, te ves obligado a dar explicaciones, a guardar respeto por la realidad. A cumplir las leyes de lo tridimensional, del cronotopo; someterte a la disciplina de las transiciones, de las limitaciones físicas de los personajes o de la propia acción. Sí, puedes obviar estas limitaciones físicas, crear tus propias reglas, tu mundo falso, pero aún así la transición del mundo líquido al sólido genera un sinfín de insatisfacciones. Es pasar de lo natural a lo artificial, de ser libre a ser esclavo. Cruzar la raya de lo verdadero a lo falso. De lo orgánico a lo mecánico. Ser expulsado del espejo... La poesía es un género que te libera de muchas de esas restricciones, pero la narrativa exige cumplir sus reglas. Te ves condenado a dar explicaciones, a rellenar huecos. A fingir, a engañar. Hacer que las cosas pesen. Te sientes atrapado en esa tiranía del narrar lineal, episódico, prosaico. Cumplir las reglas: hay que ir de aquí a allí, hay que contar esto antes de esto otro. Eso es demoledor. Demoledor para la mente creativa. Hay escritores a quien esto no parece quitarles el sueño, de hecho consideran que esa forma lineal y episódica es la forma correcta de narrar. Que las técnicas literarias no son más que esnobismo. En mi caso, la obsesiva búsqueda de formas de narrar ha sido cuestión de pura supervivencia. Sentía la necesidad de encontrar trucos que acercaran lo escrito a lo imaginado, buscar la forma de traer mayor calidad de vida del mundo fabulado al escrito. Paliar la sensación de fracaso, porque sentía que si seguía narrando de ese modo estaba muerto:

... Siempre hay algún punto de la escritura, un instante fatal, en el que ineludiblemente la narración atufa a mentira, en que lo escrito suena rematadamente falso. Lo odio. Me resulta imposible seguir el discurso de una idea feliz cuando entre medias la boca me sabe al óxido de la falsedad. Odio la tiranía de la trama, las transiciones, tener que escribir un párrafo para que se comprenda el siguiente. Tener que ir de aquí a allá; es irritante, castrador y sumamente insatisfactorio. Muchas veces me rebelo y dejo el silencio, rompo el ritmo, no relleno nada y trato de llegar donde pretendía sin dar más explicaciones, sin tener que justificarme, pero es algo que no funciona o que yo aún no he conseguido.

Ángel Vallecillo. *Hay un millón de razas*, Editorial Difácil, 2009.

Difuminado

Las técnicas literarias ayudan a paliar la sensación de fracaso. Trucos para arrimar lo escrito a lo que uno imaginó. Camuflaje. La técnica que más me conviene ha sido la de borrar. Borrar, borrar y borrar incluso cuando ya dabas el texto por acabado. Borrar párrafos enteros. Recortar, desbrozar. Limpiar. Economía de medios: transmitir la máxima información con el mínimo gasto de palabras.

Las palabras son sagradas y malgastarlas es un delito. Supongo que para muchos *borrar* no es una técnica literaria sino una parte del proceso: la mera corrección.

La obsesión por transmitir la máxima información con el mínimo consumo de palabras no es más que hacer de la necesidad virtud: paliar esa sensación de fracaso que te invade al pasar del mundo líquido al sólido. La obsesión por eliminar es aprender a manejar un cincel para intentar que el sólido se haga más liviano, entregarte a la ilusión de que al difuminar los contornos del sólido, lo aligeras; servirte del *sfumato* para suavizarle las formas y que lo escrito parezca menos pesado. No es más que un truco, acercarte al ideal mediante otro engaño. Lo cual es horroroso. Pero al fin y al cabo la literatura es artificio.

Escribir borrando es la forma de aligerar, pero si te pasas destrozas el texto. Hay un punto en que el desbastado hace desaparecer partes fundamentales de la pieza y el texto se desliza al lado oscuro de lo críptico, de lo incomprensible. Obligas al lector a una lectura tan atenta que lo agotas.

Elipsis

Otra técnica para que lo sólido se parezca a lo líquido es la elipsis. Quizá porque la elipsis es la técnica narrativa que más se asemeja a la forma en que *narra* la imaginación. Dar por ya contadas partes dimanantes del contenido. Narrar con lo no escrito, con lo supuesto, con el contexto. Derivadas. Que la inteligencia del lector rellene los vacíos. En la imaginación líquida la acción no respeta reglas físicas, los personajes entran y actúan bajo reglas propias, dimanando de sus acciones hechos no narrados. La elipsis es vacío que genera contenido al modo de la escultura: el vacío crea tanto espacio como la masa. Vacías una mano al barro y surge el cuenco.

Elogio del fracaso

Entonces, pretender revivir lo imaginado en lo escrito conduce al fracaso. Solo puedes paliarlo, no conseguirlo.

Si escribir es una frustración, ¿por qué escribir entonces? ¿Por qué titular esta reflexión *Elogio del fracaso*?

Cuando en la adolescencia empecé a escribir ficción fantaseaba con una solución informática: una interfaz mente-ordenador. Un método con el que pudiera trasladar a palabras en la pantalla la vorágine de ideas que brotan de la mente. Es decir: saltarte la parte de la escritura. Ser escritor sin escribir. Un buen ejemplo de vagancia. Pero incluso con una solución así, el problema persistiría, porque en definitiva la imposibilidad de que un sólido represente lo líquido radica en las propias

palabras, pues no son más que símbolos, ladrillos, convenciones para representar un mundo de ideas cuya representación no es posible.

El fracaso del que hablo creo que es un abatimiento provocado por la limitación de la propia literatura, la limitación de las palabras frente a las ideas. La imposibilidad de trasladar a palabras lo imaginado. *Empeñarse en lo imposible es condenarse a la insatisfacción*. Y sin embargo persistes... ¿Por qué?

La primera razón es que escribir mentalmente, fabular, es increíblemente divertido. Son instantes intensos, poderosos, fantásticos. En especial durante esos arrebatos en los que el cerebro exuda exceso de fuerza creadora. Te sientes como un espectador que con intervenciones insignificantes provoca grandes cambios. Divertido. La verdadera razón es que es muy divertido. Es cierto que la mera fabulación mental, sin la pretensión de luego escribirlo, te puede conducir al puro embelesamiento, al soñar despierto, a la inacción. Lo cual tampoco es un problema .

La segunda razón es que quizá sea la propia imposibilidad de representación lo que empuja a seguir intentándolo. El no haber método, el no tener la varita mágica. La aceptación del fracaso como motor. La ilusión de que quizá en el siguiente intento sí consigas que la imaginación fluya de forma natural en lo escrito. Que te acercará un poco más. La esperanza del hallazgo. La ambición de lo imposible es lo que te empuja a continuar escribiendo. La imposibilidad de perfección es la razón para persistir. Por eso elogio al fracaso⁷.

La duda es conocimiento. Las dudas sobre tu capacidad como escritor son las que te hacen serlo. Y el fracaso es una razón, como cualquier otra, para seguir intentándolo. Seguir intentándolo es en sí el hecho que te hace escritor. El fracaso son las piernas con las que aprendes a caminar:

Escribo porque no quiero morir—dijo Karstaff—. Y eso me da miedo. Creo que todos escribimos por lo mismo: el sueño de un libro ideal. Un libro que no existe. Los que creen haberlo escrito, se lamentan de no poder volver a hacerlo. Los que, como yo, no hemos llegado a escribirlo, persistimos en el intento y nos dejamos la piel. Pero es algo inútil. Esa es nuestra cruz. Como andar en bicicleta dando círculos: seguir escribiendo para no caerte, para no morir, pero no hay meta. La meta es un hilo de cristal. Cuando crees cruzarlo, ya lo has roto. Entonces sólo queda echar la vista atrás para contemplar los sueños como un charco de cristales.

Ángel Vallecillo. *Hay un millón de razas*. Editorial Difácil, 2009.

7 Toda acción es un debilitamiento de la contemplación. *Plotino*.